

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año I.

Badajoz 25 de Junio de 1908

Núm. 5

SUMARIO: *De Literatura Regional*, por J. López Prudencio.—*Porvenir*, por L. Castro Sardiña.—*Los moriscos en Hornachos*, por Nicolás Tenorio.—*Final del sitio de Zaragoza*, por Indalecio Blanco Lon.—*El sentimiento de lo divino*, por Eurique V. Camarasa.—*Un pellizco*, por José Aguilera.—*Legajo*, por Balduque.

DE LITERATURA REGIONAL

Una observación atenta, ya que sea imposible para mí, por ahora, hacer un estudio detallado y más completo de la labor literaria realizada por los extremeños, me dará medios de comprobar que, en este interesante aspecto de la vida, la personalidad de esta región se manifiesta con tan acentuados caracteres como en todos los restantes.

La producción literaria de Extremadura en el siglo XVI nos depara gran copia de datos que sirven de corroboración á estas afirmaciones.

Lejos de mi ánimo y propósito el hacer un estudio minucioso de los literatos extremeños que florecieron en aquella centuria tan gloriosa para la nación española, en todos los órdenes de la vida; sólo he de limitarme á la observación de la constancia con que, en el genio artístico de estos literatos, aparecen los caracteres que hemos señalado como distintivos de la personalidad literaria de la región.

Si la lectura de la producción literaria de Torres Naharro, tan completamente conservada en su *Propaladia* y en los aditamentos que, á la publicación de ésta, ha agregado la biblioteca «Libros de Antaño» con los romances dispersos que ha unido á su edi-

ción, no bastára para que la atención se fijase en la energía con que se revelan en ella las notas características de originalidad, indisciplina, austeridad de espíritu é independencia de carácter, que informan siempre la obra del genio extremeño, bastaría para que la notásemos el magistral estudio que acerca de este poeta ha hecho el maestro de la crítica española D. Marcelino Menendez y Pelayo.

Como de costumbre, el insigne crítico ha agotado por completo la materia y, no yo que nada nuevo podría decir nunca, pero ni aun los más versados en estas materias podrían ya añadir nada; y siendo así, no podía ser por menos que el gran literato no hubiera observado estas notas peculiares que caracterizan la labor del ilustre hijo de la Torre, cuya austeridad é independencia de carácter declara el gran crítico considerándolo «espíritu penetrante y observador, de ingenio picante y mordaz, de gran libertad de ánimo y desenfado de expresión y también (justo es decirlo) de un sentido moral bastante recto, que no podía menos de sentirse ofendido con el espectáculo de la corrupción reinante en la corte romana, que era piedra de escándalo para los varones más piadosos y timoratos de aquella edad; viviendo y escribiendo en los días próximos á la explosión de la reforma, de cuyas tendencias no participaba ciertamente, aunque tuviese mucha afinidad con las del grupo llamado *erasmista*, que iba á ser en España tan influyente y poderoso, Torres Naharro tenía que cultivar con predilección la sátira y en ella consiguió lauros que no se han marchitado todavía.»

Y en efecto, la sátira que hace, flagelando la corrupción de la corte romana con lozanías de estilo y gallardías de expresión desenfadada y libre que no se desdeñó en imitar, un siglo más tarde, el príncipe de la sátira española D. Francisco de Quevedo, revelan el carácter indómito de la musa implacable y rectilínea que siempre ha inspirado á los poetas extremeños, cuando el ambiente que les rodea ha solicitado su atención.

Sus comedias no son menos expresivas en este sentido; desde la *Tinelaria* en que pone á la vista del Cardenal que le protege y del mismo Papa que había de asistir á su representación, el desenfreno de los tinelos de aquella opulenta curia romana, hasta la sencilla é ingenua fábula de la *Jacinta*, por boca de cuyos personajes se queja de la corrupción ambiente y suspira por ideales soñados de perfección moral que su espíritu no encuentra, se

manifiesta siempre la desavenencia de aquel espíritu recto y severo con las decadencias contemporáneas.

Esta independencia de carácter y displicencia con el medio ambiente, tan peculiar del genio extremeño, explican, en el orden literario, algunas particularidades de la labor literaria de este poeta, que han extrañado mucho á los críticos.

Una de ellas es que, viviendo en Italia precisamente en los momentos en que las formas de la poesía italiana hacían su incursión en la literatura española, mediante el esfuerzo de Boscan y la inspirada voz de Garcilaso, el poeta extremeño, tan conocedor de la literatura italiana y afortunado cultivador de ella en la lengua de Petrarca, jamás intentara hacer ni un mero ensayo del endecasílabo en lengua española, á pesar de manejarlo con tan donosa soltura en sus sonetos italianos.

Torres Naharro es un espíritu innovador, pero no copiando cosas que aprende en otra parte, en la literatura nacional, sino sacando las innovaciones de la evolución natural y castiza de esta literatura.

Conoce la literatura italiana y la cultiva con acierto, cuando su espíritu le impulsa á ello, pero cuando su mano pulsa la lira española, no introduce en su canto un solo acento que no sea genuinamente español; no transporta ni acarrea; sus innovaciones son las descubiertas por su inspiración, en el acerbo del arte nacional que tan ancho y fecundo campo ofrecía entonces para la genial aptitud de su alma.

Y esto era tarea fácil para Torres Naharro, porque su clara penetración y sensibilidad artística le daban noción perfecta y precisa de todos los matices del arte de su tiempo, y bien patentemente lo demostró cultivando, siempre con fortuna, aunque no siempre sobresaliera gran cosa, todos los géneros y maneras literarias que entonces estaban en boga; y si es verdad que en las poesías religiosas no raya á gran altura, porque era indudablemente esta la cuerda menos vibrante de su inspiración, manifestándose en este género de composiciones suyas, más el firme y sano convencimiento religioso que la ternura de aquel férvido entusiasmo místico que da calor á estas poesías, en cambio en el género erótico hace composiciones líricas que no merecen el tono despectivo con que las han apreciado algunos críticos, á no ser que las consideremos en la relación de inferioridad en que se encuentran con su labor artística en la dramática.

Es verdad que en los *Opósitos*, que escribe imitando á los petrarquistas, aparece un poco laberíntico y alambicado, ni más ni más ni menos que la mayor parte de los cultivadores de este género, pero en cambio tiene en los romances, lozanías de inimitable é ingénua sinceridad, y no ceden á las ternuras provenzales más delicadas, aquellas sentidas canciones de amor que todas vibran con la delicadeza deliciosa que puede apreciarse en esta:

¿Quien os vió que hombre se llame,
Que no os loe, si ha manera
De sentiros?

Quien os loa que no os ame?
Quien os ama que no muera
Por serviros?

Vos buena, vos generosa,
Vos honesta, vos humana,
Vos discreta, vos graciosa,
Vos gentil, y vos hermosa,
Vos polida y vos galana.

¿Quién tal vió que en sí no brame
Por bién que loaros quiera
Sin sospiros?

¿Quien os loa que no os ame?
Quién os ama que no muera
Por serviros?

En este género recorre la musa de Torres Naharro toda la gamma de sonidos que el arte de su tiempo contenía; hasta aquel género de poesía libidinosa, de libérrimo anacreontismo que, por su tiempo ya estaba en boga en Italia, y la habían de llevar al más alto grado de impudor sensual los famosos sonetos con que el gran cínico Pedro Aretino decoró cada una de las figuras licenciosas que con el nombre de «Las Posturas», pintó Julio Romano, hasta ese género vituperable, aunque no con tan descarnada obscenidad, fué cultivado por nuestro poeta en el «Concilio de los Galanes y Cortesanas de Roma, convocado por Cupido», que circuló mucho tiempo suelto, aunque perseguido por los anatemas inquisitoriales, á causa de sus irreverentes parodias de las sagradas asambleas.

Pero donde más gallardamente aparece la independencia y originalidad de Torres Naharro es en el género literario en que en-

contraron más apropiada aplicación las aptitudes de su genio artístico: en el teatro.

Mecíase entonces en España la cuna del teatro español, recién sacado de los elementos dramáticos medioevales, por los candorosos ensayos de Juan del Encina y la precocidad del autor problemático de la tragicomedia de Calixto y Melibea.

Como todas las épocas de iniciación de un arte,—y si este no se iniciaba, entonces atravesaba un momento de crisis fundamental que había de darle todas las condiciones de viabilidad que el ambiente de las sociedades modernas exigían—era esta de ensayos y de tanteos, de imitaciones y plágios á que daba facilidad el desconocimiento de los primeros pasos que el arte daba.

No era mucho el desarrollo que la comedia italiana había tenido, cuando Torres Naharro publicó su Propaladia, pero no puede negarse que nuestro poeta presencié el exuberante empuje de sus brotes, durante su estancia en aquel país. Sin embargo, ni los argumentos ni los personajes del teatro de Torres Naharro son jamás recolectados en la vejetación, que presenciaba, de la comedia italiana, aunque no se desdeñase de aprovechar las lecciones de ejecución que aquel arte le ofrecía, pero no para plagiar, sino para aplicarlas á la obra de innovación que realizaba en el teatro nacional.

El arte rudimentario de Juan del Encina sale de las manos de Torres Naharro enriquecido con todos los elementos, que desenvueltos más tarde por la inspiración de Lope, había de dar al teatro español los láuros con que lo ornaron los ingenios del siglo XVII.

Después de los eruditos trabajos hechos sobre este punto, vulgarizados en multitud de ocasiones, me parece ocioso detenerme á comprobar esta afirmación que nadie discute hoy; y me llevaría más lejos de lo que me propongo, la anotación concreta y minuciosa de todos los detalles que, en cada una de las composiciones de este poeta, revelan su espíritu innovador y la influencia que ejerció en el posterior desarrollo del teatro.

Pero hay un poeta de este tiempo mucho menos conocido que Torres Naharro, y tal vez por esto mismo menos influyente en desenvolvimiento del teatro nacional, cuyo temperamento y condiciones artísticas no son menos á propósito que las del insigne hijo de la Torre para revelar que no es una mera casualidad, acaso provocada por la aventurera y andariega vida que aquel hizo, el manifestar las eximias cualidades que hemos anotado.

De Diego Sánchez de Badajoz se tienen escasísimas noticias,

aparte de las que se desprenden de la «Recopilación en Metro» que está publicando esta revista, y que tan desconocida permanecía hasta que fué publicada en la referida biblioteca «Libros de Antaño» que, si por sus condiciones de esmerada edición es laudabilísima, en cambio ofrece pocas condiciones de vulgarización.

Equivocados sin duda por el afecto con que me honran, los eruditos fundadores de esta revista han puesto sobre la flaqueza de mis hombros la tarea de estudiar y comentar la obra de ese poeta extremeño, y cuando haga lo posible por cumplir este honroso encargo me detendré á analizar atentamente la labor de este literato, tan equivocada y ligeramente estudiado por el laborioso don Vicente Barrantes.

Pero no puedo pasar por alto en esta ocasión, en que me propongo poner de relieve los signos característicos que tiene el genio literario de Extremadura, la palmaria claridad con que en la inspiración literaria de Diego Sanchez se ven aquellas condiciones de independencia de caracter, implacable espíritu flagelador de las impurezas del medio ambiente que le rodea, y tendencia innovadora.

Escasas y de no muy gran mérito son las composiciones líricas que se incluyen en la «Recopilación en Metro», según apreciarán los lectores de esta revista, en cuyas páginas están saliendo nuevamente á luz. Aparte las lozanías de decir y facilidad de versificación, no son grandes los méritos artísticos que aquilatan esas composiciones, cuya desenvoltura de ejecución revelan bien claramente que no debieron ser las únicas brotadas de la fecunda pluma del poeta badajocense.

Pero si se perdieron algunas de sus composiciones teatrales, como lo revela la supervivencia de los *introitos* sin farsa, que se han incluido entre las composiciones líricas, y que indudablemente pertenecieron como los demás, á alguna farsa que desgraciadamente perdió la incuria del poeta, mucho más fácil es que las breves composiciones líricas, de menos monta y empeño, desaparecieran en número mayor.

Pero hay, entre las que se conservan, suficientes datos para apreciar el espíritu satírico del poeta que raya, en la *Matraca de Jugadores*, á una altura sorprendente, tanto por la severidad inexorable con que flagela ese vicio que indudablemente era plaga de su tiempo en esta tierra, como por la agudeza y penetración con que hace la disección de esa úlcera social.

Pero donde aparece más implacable satirizador de los vicios que aquejan á sus contemporáneos y especialmente á sus convecinos, porque era poeta más local que ninguno de los de su tiempo, es en las obras teatrales en cuyos *introitos*, puestos en boca de rudos pastores, fustiga sin piedad hasta las más encumbradas autoridades, haciendo blanco predilecto de sus iras las eclesiásticas, lo cual, siendo él clérigo, basta para poner de relieve la independendencia irreductible de este espíritu recto é inexorable, que ni perdona ni teme, cuando se apercibe de la corrupción que repugna á su ideal austero de rectitud cristiana.

Y no se crea que incurro en la frecuente equivocacion de contar entre las pruebas de este desenfado de Diego Sánchez, para fustigar á las autoridades eclesiásticas, la numerosa falanje de clérigos seculares y regulares que intervienen en sus fábulas acentuando el tono cómico de las escenas con la ridícula desnudez de mil defectos risibles unos, repugnantes otros y vituperables todos en la clase á que pertenecen.

Este es el recurso que ha valido á Gil Vicente, que lo empleó más y más dura y descocadamente, el dictado de anticlerical y hasta de librepensador con que lo han adornado los que acostumbran á medir y apreciar los tiempos antiguos con el cartabón que les ofrece el ambiente en que viven.

Nada de esto; es cosa bien clara y probada, que aquellos frailes glotones y libertinos, aquellos clérigos avaros ó mogigatos, aquellos ermitaños logreros é hipócritas, eran tipos cómicos del tiempo, que utilizaban los autores de este teatro, anterior á Lope, con la misma frecuencia y éxito que en el teatro bufo actual se saca á los guardias municipales, golfos y chulos de las grandes urbes.

Aquel tipo clerical era frecuente entonces y nadie lo defendía ni ocultaba su bajeza moral, sino que la despreciaba regocijadamente, sin que este desprecio trascendiera á la parte pura del clero de donde no tardaron en salir Cisneros, Pedro de Alcántara y Juan de la Cruz que dieron la batalla á esa chusma barriendo tal escoria, sin protesta de nadie y con aplauso de todo el mundo.

Pero el empleo de este vulgarizado recurso cómico no arguye, ni puede argüir ningún género de anticlericalismo, ni siquiera celo por la depuración de las costumbres como decía el Archipreste de Hita para disimular sus desenfados.

Ni Lucas Fernández, ni Diego Sánchez, ni Torres Naharro, ni

Gil Vicente, pensaron, al utilizar esos tipos, en otra cosa que en su contenido cómico para matizar sus producciones.

Las diatribas á que me refiero, considerándolas como reveladoras del espíritu independiente del poeta, no están en la introducción de esos tipos, sino como arriba digo, en las invectivas que pone en boca de los pastores que pronuncian los *introitos* á modo del antiguo faraute del teatro clásico ó el *precentor* del teatro eclesiástico medioeval, invectivas unas veces claras y otras envueltas en alusiones, de no muy facil determinación hoy ya, pero de bastante relieve para apreciar su existencia y calcular la intensidad truculenta que debieron tener en su época.

Y en cuanto á originalidad, no es esta ocasión de discutir la nota de plagario con que le tildó candorosamente D. Vicente Barrantes por la semejanza de título entre una obra suya y otra francesa un poco anterior, que acaso no llegaría á sus manos siquiera y con la que no tiene un solo punto de contacto la obra extremeña, aparte del título.

Milagro que no ha dicho también el Sr. Barrantes que el Introito de «Herradores» debió pertenecer á algun plagio ó á alguna traducción de la *Comedia del Herrador* que por aquel tiempo mismo publicaba en Italia Pedro Aretino.

Por ahora basta decir que, escribiendo en una época en que en España no se había salido aún de los rudimentarios ensayos de Juan del Encina y Lucas Fernández, en el teatro representable se entiende,—porque en otro orden ya había aparecido la maravilla de la *Celestina*,—en el que como es sabido ni hay enredo, ni trama ni interés dramático, ni lucha de pasiones, ni asomo de dibujo de caracteres, sino meros decires y discreteos entre gente baja y ruin, que facilmente entretenía con sus sandeces ó picardías á los encopetados señores para cuyo solaz se escribían aquellas églogas y farsas, Diego Sánchez hace algunas como la de *Tamar* en que flagela, con motivo del episodio bíblico que pone en acción, la manera de hacer justicia en su tiempo ó quien sabe si algun acto concreto y reciente, y en otras como en *La Ventera*, *La Hechicera* y *El Molinero*, dibuja donosamente caracteres y sostiene ingeniosísimamente el interés con una acción perfectamente complicada y desenvuelta.

Esto nos basta para apreciar las dotes de independencia y originalidad innovadora y espíritu crítico que adornan las facultades artística de este poeta, tan distinto de Torres Naharro en mérito

y manera artística y tan semejante á él en esas condiciones de adusta displicencia y afan innovador.

Mas poetas cultivadores de aquel rudimentario arte dramático florecen en Extremadura en aquel tiempo; pero unos como Romero de Cepeda y Díaz Tanco me son desconocidos directamente, el primero, porque no he podido haber á mano su *Comedia salvaje*, que acaso existe en la Biblioteca nacional, el segundo porque de sus tres tragedias solo se conocen hoy los títulos conservados en catálogos y bibliografías, aunque de este basta para confirmar nuestra afirmación el hecho de ser el primero que escribió tragedia en castellano, y otros como Luis Miranda y Michael Carvajal requieren estudio más detenido del que podemos dedicarle en este trabajo que ya se ha hecho harto prolijo para el fin á que se destina.

La materia es vasta y continuaré espigando en ella á medida que el tiempo y el espacio me lo vayan permitiendo, si mi ilustrado amigo el director de esta revista continúa dando en ella hospitalidad á estas modestas observaciones mías.

J. LÓPEZ PRUDENCIO.

PORVENIR

Arroyo murmurador,
de aguas puras, cristalinas,
que por la sierra caminas
alzando leve rumor.
Sobre tu linfa suave
quiebra el sol su rayo de oro
y á tu son una sonoro
su canto de amor el ave.
Del árbol la verde hoja
se retrata en tu corriente,
y en el cristal transparente
la flor sus pétalos moja.
Y en las regiones serenas
de tu fondo, nunca lejos,
multicolores reflejos
pinta el sol en tus arenas.

Arroyo que hoy murmuras dulcemente,
y herido por la luz tu espejo brilla
atravesando el valle, el prado, el monte;
mañana cuando al mar des tu corriente
y tengas por orilla
el brumoso confín del horizonte,
¿serán tus aguas la apacible ola
que se deshace en el cantil costero,
mezclando á su rumor la barcarola
que canta sobre el mar el marinero?

¿La onda azulina que sonando leda
de peñón en peñón tranquila vaga
y hácia la playa rueda
y allí los ecos de su son apaga?

Si has de formar la ola que se agita
con accesos de loca
y rugiente y feroz se precipita
rompiendo sus espumas en la roca;
la salobre montaña gigantea
que oscura nube con su cresta toca
y con horrible estruendo se derrumba
y débil nave sin piedad golpea
abriéndole en el mar líquida tumba.
Si eso ha de ser, arroyo cristalino,
lo que á tus aguas reservó la suerte,
haga Dios que cambiando tu destino,
sima profunda se abra en tu camino
y en ella tengas prematura muerte.
O el sol, multiplicando sus ardores,
deje caer desde su altura ignota,
rayos abrasadores
que absorban tu caudal gota tras gota.

* * *

Niño de rubia guedeja
y de faz rosada y pura,
que aun no sientes la amargura
que el dolor al alma deja.
Desde tu cuna de flores
en que dormitando yaces,
no ves cual pasan fugaces
de tu niñez los albores,
y en tu dichosa inocencia
feliz duermes en el lecho
que ni hay penas en tu pecho
ni sombras en tu conciencia.
Duermes, así, en dulce calma,
que aun las humanas pasiones
sus agudos agujones
no te han clavado en el alma.

Niño á quien no turba tu reposo,
aun libre de rencores y de agravios,
más que el beso amoroso
que asilo busca ansioso
en el menudo hueco de tus labios;
mañana cuando ya muestres abiertas
de tu cerebro las doradas puertas
y el rayo de su luz, clara y ardiente,
irradie la razón sobre tu frente
y en hombre te conviertas,
¿serás el que del arte en las regiones
tiende el gallardo vuelo
copiando en sus creaciones
el son del aura ó el azul del cielo?
¿El que á tenaz pelea
por las tinieblas de insondable arcano
se lanza con aliento soberano
tras la hermosa conquista de la idea?
¿Serás aquel que al egoismo ajeno,
su alma serena y corazón tranquilo
barrera son del mal del bien asilo?
¿Serás el noble, el virtuoso, el bueno?
Si mañana has de ser el miserable
que arrastra su conciencia por el cieno,
el que alienta pasión abominable,
el que al débil se atreve,
el que encuentra en el mal goce infinito,
el que se oculta en la traición aleve,
el que busca el placer en el delito;
Dios que todo lo advierte
y dispone de leyes poderosas,
haga del sueño en que feliz reposas
el sueño inacabable de la muerte.

L. DE CASTRO Y SARDIÑA.

MORISCOS DE HORNACHOS (1)

Hacia dos años que los Reyes Católicos habían promulgado la pragmática dirigida contra los moriscos cuyas disposiciones se asemejaron mucho al famoso edicto contra los judíos. Se mandó en ella que los moros que desearan permanecer dentro de los reinos, en breve tiempo, habían de abjurar la religión del Profeta y hacerse cristianos, medida bastante enérgica, y aunque es verdad que muchos dejaron el mahometismo, poco firmes en las nuevas creencias, aprovechaban cualquier ocasión para salirse de España y volver á sus antiguas prácticas.

El plazo concedido por la Pragmática se cumplió y á seguida se dieron *mandos* á los gobernadores de la fronteras para que no dejaran salir á los moriscos por sus tierras, y para que pudieran hacerlos prisioneros y esclavos, según se deduce de la *Relación de la venta de los esclavos moriscos* que aparece se hizo en Sevilla en 1504, y está escrito en los «Libros de Cuenta y Razón de la Casa de Contratación de Indias del mismo año.»

En el mes de Abril de 1504, varios *cristianos nuevos* vecinos de Hornachos intentaron pasar la frontera y entrar en Portugal por tierra de Extremadura. El Comendador de Badajoz Gonzalo

(1) Debemos á la amabilidad del distinguido literato sevillano, Excelentísimo Sr. D. José Gestoso el presente artículo, que con gusto reproducimos por el interés que ofrece para la historia de esta provincia, y, según ofrece á nuestro particular amigo D. Francisco Franco, éste será el primero de una série, cuya reproducción en ARCHIVO EXTREMEÑO debemos recoger agradecidos, esperando llegue á ser de la aprobación de nuestros lectores. Este curioso trabajo se publicó bajo los epígrafes «Antiguas costumbres sevillanas», «Venta de Esclavos».

Méndez, Gobernador de la comarca, supo su intento y trató de impedirlo, según estaba mandado, y para ello envió en su persecución á Pedro Muñiz, Alguacil de Mérida, quien al frente de algunos hombres de armas fué tras ellos y les dió alcance, haciéndolos prisioneros. Los moriscos fueron llevados á presencia de Gonzalo Méndez; éste los hizo esclavos de los Reyes, y como por una cédula de sus altezas estaba obligado á entregar 35 esclavos á los oficiales de la Contratación de Sevilla, dispuso que siguiesen el camino para esta ciudad custodiados por aquellos que los hicieron prisioneros. No llegaron á Sevilla todos los moriscos; cerca de Alanje uno de ellos se hizo el enfermo, según después escribió el Comendador á los oficiales, y habiéndole quitado las amarras, se fugó al poco tiempo, sin que lo encontraran más.

Los esclavos en la ciudad fueron aposentados en las Atarazanas y se les dieron mantenimientos, en tanto que los oficiales lo hicieron saber al rey y se sustanció la oposición á que se vendieran formulada por D. Alvaro de Yelva, inquisidor de Alanis y maestro Diego, borceguinero vecino de esta ciudad y otros cristianos nuevos, quienes pidieron á los oficiales que no se hiciera la subasta; que ellos inscribirían á los parientes de los moriscos vecinos de Hornachos, y ellos vendrían á comprarlos y darles libertad. Esta reclamación la resolvió una cédula Real que mandó fuesen sacados á subasta pública y adjudicados al mejor postor. Con esta orden, los oficiales de la Contratación señalaron el día 9 de Mayo para que se verificara la subasta; pero antes era necesario notificar á D. Alvaro de Yelva la resolución, y ¡cosa notable! no se encontró entre los escribanos de Sevilla ninguno que quisiera ir al pueblo de Alanis, quizás temiéndole al inquisidor y por esta causa y para este caso se dió comisión á Juan Bautista Pinelo, hijo del Fiel de la Casa de Contratación D. Francisco, quien fué á Sevilla con un escudero é hizo saber á D. Alvaro el día señalado para la venta y la resolución del Rey.

Llegó el día: gran animación hubo en las calles vecinas á la Santa Iglesia Mayor. Casi todos los comerciantes de la ciudad, muchos de ellos genoveses y venecianos, acudieron con más presteza á las Gradass, sitio donde, según costumbre antigua, se reunían para tratar los asuntos mercantiles. Aquel día lo era de buen mercado, podrían comprarse, quizás por poco precio, un par de aquellos infelices á quienes el Rey había mandado vender y más

tarde adquirir con ellos una regular ganancia. Como siempre hubo mercader que pasó el tiempo contando á sus colegas raras noticias de las cosas que se esperaban de las Indias recién descubiertas, mientras que otros hacían cuentas de los maravedises contenidos en sus bolsas de cuero aguardando la llegada de los esclavos. La mercancía humana tardó poco tiempo: por el Postigo del Carbón, precedidos de guardianes y bien atados, entraron los 34 moriscos que iban á venderse, y llegados á las Gradass se les quitó las ligaduras y se les puso en fila para que pudieran ser examinados por los compradores en tanto que el escribano de la Casa comenzaba el expediente de la subasta y se hacían los depósitos en poder del oficial que presidió el acto.

Alonso de Mesa, pregonero del Concejo, dejó oír su voz é «fizo saber á todos los presentes que á los que comprasen que gelo farian sanos e de paz e que non pagarian derechos nin imposición de la venta.» «E luego fueron puestos en pregon (continua el Libro) Alonso de Santa Cruz, que primero se llamaba Mahomed, morisco de 30 años é su mujer María de 40, e fué dicho públicamente que quien los quisiere en 34.000 maravedís que le darian 1.000 maravedís de prometido. Luego Manuel de Xerez, mercader, vecino desta cibdad dixo que poseia los dichos dos esclavos en dicho precio por el dicho pregonero, al cual le fueron dados por dicha fortuna...» Del mismo modo se subastaron Diego Carix, llamado cuando moro Abixabe Carixa; Francisco Mazan Ahen, su mujer María-Fátima y así los demás. La venta duró cinco días, y después de pagados los mantenimientos y los otros gastos hechos, tales como los prometidos dados á los compradores; los Oficiales de la Contratación y pueblos, el Tesorero de la Casa, el Canónigo de la Santa Iglesia Lancho Matienzo se hizo cargo de 671.502 maravedises y medio que formaron parte del ingreso general de la Tesorería y fué el producto que dió á los Reyes la venta de aquellos infelices.

NICOLÁS TENORIO.

Final del Sitio de Zaragoza. (1)

Todo lo horrible la ciudad compendia,
es su muralla el cerco de una tumba
y mientras media población se incendia
la otra media entre llamas se derrumba.
Cruzan las bombas con fulgor intenso
rompiendo aquello que en su marcha roza
formando al estallar volcan inmenso
que conmueve una casa y la destroza.
Forma el humo una nube opaca y densa
que del luciente sol oculta el brillo,
y es cada piedra un muro de defensa,
cada resto de casa es un castillo.
La población entera enloquecida
grita y maldice en trágico alboroto;
el ruido aterra y la ciudad trepida
con brusca convulsión de un terremoto.
Tan triste aspecto Zaragoza toma
que su ruina miserable espanta;
cada instante una casa se desploma
y una nube de polvo se levanta.
Los cañonazos el espacio atruenan,
un fuego intenso por doquiera brota

(1) Esta poesía obtuvo mención honorífica en el certámen que celebró el Ateneo para conmemorar el primer centenario de la Guerra de la Independencia Española.

y aquí mil ayes dolorosos suenan
y allí una mina con estruendo explota.
La algarabía aterradora crece,
la voz del trueno en el espacio zumba
y el pueblo con espanto se estremece
mientras el eco trágico retumba.
De todas partes podredumbre mana,
la hediondez de la muerte se desprende
y sobre aquel monton de carne humana
¡hasta un palmo de tierra, se defiende!
Un martir más cada segundo rueda
de la muerte en el tétrico misterio
y cada cuerpo donde muere queda
y es cada calle un triste cementerio.
Por el rencor las almas inflamadas
le prestan energía á su materia,
y sucumben aun más que á las granadas
al destrozo del hambre y la miseria.
Abrasados por patrios sentimientos,
tienen sus pechos ímpetus viriles
y aun los ancianos pálidos y hambrientos,
sucumben con impulsos juveniles.
Cada brava mujer, todo despecho,
es si llega ocasión, una heroína,
y guarda en lo profundo de su pecho
el alma valerosa de Agustina.
Cura y consuela al desgraciado herido;
si es preciso, á un cañón le prende mecha,
y con arranque noble y aguerrido
lleva un fusil sobre la abierta brecha.
Contra el francés tirano enfurecida
y en la Patria y en Dios los ojos fijos,
deja en la lucha su preciada vida
y hasta la vida de sus propios hijos.
A aquel que retrocede desmayado,
con hacerle morir se le amenaza,
y es que quieren cumplir lo que han jurado:
¡morir primero que rendir la plaza!
Entre la brava gente que combate,
no hay jóvenes, ni ancianos, ni mujeres

si no un pueblo soberbio que se bate
 cumpliendo sacratísimos deberes.
 Adoran á la Patria de tal modo
 que mueren con orgullo en la batalla
 ¡sufren el hambre y el pesar y todo!
 ¡y solo la voz del patriotismo estalla!
 Aun perdiendo á torrentes la esperanza
 aumenta cada vez su valentía
 y es un grito de rabia y de venganza
 cada bronco estertor de una agonía.
 Y aunque á la amada Patria dan la vida
 y á Dios sus almas de entusiasmo llenas
 ¡ni aun les cubre la tierra enrojecida
 por la gloriosa sangre de sus venas!
 ¡Para qué sepultarlos si sabían
 que al ser tan formidable su victoria
 á través de la tierra cegarían
 los resplandores de su eterna gloria!
 Aunque es la lucha colosal, inmensa
 no toma el enemigo ni una casa
 mientras queda un valiente en su defensa;
 ¡solo por cima de los muertos pasa!
 Igual es siempre el alma valerosa
 que nace dentro de española linde;
 ¡emblema fiel de mi nación gloriosa
 sucumbe y muere! ¡¡pero no se rinde!!

* * *

Pueblo sin par que el patriotismo siente
 con tan duros arraigos que fascina,
 ¡cada varón que guarda es un valiente!
 ¡cada mujer que encierra, una heroína!
 Pueblo que el santo amor tan firme lleva
 de su alma noble en el sagrado templo,
 que en aras de él hasta á inmortal se eleva
 y al orbe entero servirá de ejemplo.
 Las almas de tus héroes se fundieron
 de otro tiempo pasado en los crisoles
 con aquellas que bravas combatieron
 en los bizarros Tercios españoles.

He sentido mil veces el anhelo
pensando en tus espléndidos laureles
de que se lleve tierra de tu suelo
como santa reliquia, á los cuarteles.

* * *

Siempre tu nombre vivirá en la Historia
que dió á tus hijos de valor profundo,
por corona la palma de la Gloria,
por pedestal la admiración del mundo

INDALECIO BLANCO LON.

EL SENTIMIENTO DE LO DIVINO

Parecía natural que las ráfagas de Positivismo difundidas en la atmósfera intelectual en general, y singularmente literaria, hubiesen agostado las flores de todo idealismo, y hecho olvidar los recuerdos de todo espiritualismo artístico. No ha sido así sin embargo. En su estudio sobre la conversión, de Brunetiere, observa D.^a Emilia Pardo Bazán las tendencias espiritualistas y aun religiosas que corren por lo más hondo de ciertas manifestaciones científicas y literarias, cuya filiación y origen no nos harían sospechar tales notas de espiritualismo y religiosidad. Análogas observaciones (no puedo precisar en qué número de la «Ciudad de Dios») recuerdo haber leído en un bien escrito artículo del ilustre agustino P. Graciano Martínez, titulado «Literaturas que mueren». Ni son de extrañar tales tendencias. Las chispas de los cohetes y el resplandor de las luces eléctricas se confunden por un momento en la fiesta nocturna con el chispear de las estrellas, y eclipsan el brillo de la luna; pero pasa la hora de la fiesta, mueren los resplandores artificiales, y los astros desde la altura siguen enviando á la tierra el beso de su luz tranquila y amorosa. «Nos has hecho Señor para tí, y está inquieto nuestro corazón hasta que en tí descansa», decía el gran S. Agustín. El soplo de las negaciones devastadoras, el paso de sistemas filosóficos malos á través de la historia del pensamiento, la exaltación triunfal de la materia, podrán abatir las alas del alma, detener sus ascensiones gloriosas en su anhelar á lo infinito; más ó menos tarde el sentimiento de lo divino, la voz del alma, en magnífica expresión de Tertuliano, «naturalmente cristiana», brotará en reacciones

saludables, y entre el lodo mismo de las aberraciones científicas y del arte ensalzador de decadencias, se levantara como una plegaria el anhelo de Dios, el suspirar de los espíritus por aquella Belleza eterna y pura que, como hermosamente canta Wallin (1),

«arroba y enagena sin las sombras
del tedio ingrato y la tristeza vaga
que infunde al alma terrenal belleza».

Nuestro verdadero hogar está muy alto, y si nos empeñamos en hacer de la tierra nuestro hogar definitivo, nos moriremos de frío. El mismo Paul Bourget decía en 1899, á propósito del positivismo de Taine. «Estado intolerable en cuyo fondo se encuentra ó la renunciación á las más nobles y sublimes exigencias del alma, ó bien el convencimiento de que la ciencia no puede encauzar las tendencias perpétuamente nostálgicas del corazón. Este convencimiento es la puerta abierta al misticismo» (2). Y no son ciertamente pocos los hechos científico-literarios demostrativos de esas últimas palabras. Los estudios sobre el misticismo se multiplican; series de conferencias dadas en París el pasado año por Belot, Bernés, Boutreux, Durkeim, etc., no versaron sobre otro asunto; la revista de Rensi, titulada «Coenobium» y otra análoga fundada por Rifaux, tienen por fin seguir el movimiento religioso reflejado en la Filosofía y Literatura; artistas de original profundidad, Mœterlinck, por ejemplo, han recogido é incorporado á su obra literaria las vibraciones de ese resurgir místico á su modo de las almas (3). En una palabra, el misticismo literario se ha puesto en moda; y tanto, que hasta se ha intentado por algunos poner en las santas cumbres á donde el éxtasis celeste llevara á los místicos verdaderos, á autores en quienes jamás se hubieran podido sospechar tales misticismos. Y ahí está el mal, en lo confundidas que están las ideas en orden al concepto, origen y aplicaciones del misticismo. Y por eso, al hablar en estas líneas de esa especie de clarear místico que se dibuja en los horizontes literarios, no he querido, ni mucho menos, dar por buenas todas esas tendencias, mezcladas muchas veces con errores anatematizados por la infa-

(1) Olof. Wallin. «El Angel de la Muerte». Traducción de Ixart.

(2) Vid. Piat. «De la croyance en Bien», pág. 277.

(3) El solo título de muchos de los artículos que forman su opúsculo «El tesoro de los humildes», da una idea de las tendencias de su contenido. «El despertar del alma», «La belleza interna», «La vida profunda», etc.

libre autoridad de la Iglesia; mi único intento ha sido notar el hecho, como prueba del cansancio que á la larga producen las orientaciones positivistas, y como demostración del carácter de actualidad que reviste el asunto objeto de estas líneas. Esa misma confusión empaña no pocas veces con sus torcidas interpretaciones la transparencia admirable de la gran mística española, joya inestimable de la castellana literatura; y deber literario es contribuir á su esclarecimiento.

Con la brevedad propia de esta clase de trabajos, y la imperfección natural del soldado bisoño, no muy ducho aún en el manejo de las armas, iré apuntando en estos artículos algunas ideas sobre el origen y concepto del Misticismo, y su desenvolvimiento en la obra literaria de algunos de nuestros grandes místicos.

* * *

En los preliminares mismos de la cuestión empiezan las sombras y aun los errores. ¿Qué es el Misticismo? ¿Cuál es su origen? En gran parte de los libros que de tal materia tratan se responde con obscura vaguedad, cuando no con irracionales definiciones á esas dos preguntas. Atribuirle un origen morboso es cosa corriente entre ciertos sabios.

«La unión con Dios de los místicos, dice Lelut, es una perturbación morbosa de la sensibilidad» (1). «El misticismo es un producto de cabezas enfermas, y la Ciencia remite á la Psiquiatría á todos los aquejados de este mal, desde los faquires hasta Santa Teresa, y desde los duendes de la Edad Media hasta los mediums y espiritistas del siglo XIX» (2). Y en su libro titulado «El Misticismo moderno», no hace Troilo otra cosa que barajar de mil modos las ideas de atavismo, degeneración, melancolía, histerismo, etc., como determinantes de los estados místicos. Y aduzco sólo estos tres nombres, por citar algunos; pues la lista de los que interpretan el Misticismo en ese sentido, sería larga por demás. Si de la poesía de S. Juan de la Cruz dice Menéndez y Pelayo que no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, ¿qué decir de «esas bárbaras fisiologías» de esas pro-

(1) Vid. Mir «El milagro».

(2) González Serrano. «Psicología del Amor», citado y refutado por Valera en sus «Nuevos estudios críticos», 1888.

fanaciones de laboratorio hipotético» de las que se quiere extraer el concepto de la Mística? (1).

Los que llevan más adentro su mirada, pero no lo examinan aun á la plena luz que sobre él ha derramado la doctrina católica, vienen á dar por lo general en el mar sin orillas del Panteísmo. Son los más. De lo más hondo del Misticismo no puramente ortodoxo, surge la negación más ó menos velada de la propia personalidad, y el recuerdo evocador de los dolientes goces de Buda. Y así nos dicen que su personalidad se «desvanece en la infinidad de Dios»; que tienen conciencia de no ser más que «el órgano de un pensamiento universal». Y hablan del «gran Todo», de la «Belleza una», de la «absorción en lo Absoluto».

Con gran elevación, ya que no con el calor y divina efusión de los grandes maestros de nuestra escuela mística, fijó Maine de Birán en el sentimiento de lo divino, en la comunicación interior con Dios, pero sin confundirse con él, el origen del Misticismo. Por cima, dice (y cito sus conceptos, no sus palabras textuales) de la vida, del espíritu, existe otra vida que recibe su principio, conservación y móviles del que todo lo ha producido y dirigido á un fin. Solo el sentimiento religioso eleva al hombre á esta vida en donde el alma se une y como se identifica con el Ser supremo que la creara.

Pero esta identificación no ha de entenderse al modo panteísta. Ese Ser por medio del amor «vivifit et feconde notre esprit sans se confondre avec lui». Y á la cabeza misma del camino por donde el alma llega á estas cimas luminosas de la vida espiritual, pone el vencimiento de las pasiones, la renunciación de los afectos carnales; pero como esto sólo es elemento de preparación para la vida mística, proclama la meditación y la oración fervorosa como fuerza positiva que empuja al alma hasta los cielos más altos de esa vida (2). Por eso al pretender circundar la frente de un escritor con las aureolas encendidas del misticismo, no basta mostrarnos un corazón cubierto por las sombras del vacío, ó lleno de las hieles del desengaño; es preciso demostrar que en medio de ese vacío ha sonado la voz amorosa y creadora de Dios, y que sobre las ruinas de ese corazón se ha levantado como escala mis-

(1) Palabras de Leopoldo Alas en una de sus revistas literarias sobre la Historia de Sta. Teresa, escrita por Gabriela Cuninghame.

(2) Maine de Birau, «Sa vie et ses pensées», publicados por Neville.

teriosa el resurgimiento espiritual que levanta hasta las delicias de la paz divina. De otra manera, el suicidio, término del hastío supremo, sería también la suprema expresión del misticismo. El místico verdadero no canta al sentirse herido por la vanidad del mundo,

«y busco aun y busco codicioso
y aun deleites el alma finge y quiere;
pregunto y un acento pavoroso
¡ay! me responde desespera y muere.....»,

sino que al convencerse de que los seres creados son incapaces de saciar la aspiración infinita que se levanta de todos los horizontes de su alma, pregunta con santo y purificador deseo: «me habeis dicho que no sois un Dios; decidme algo de él..., et clama-verunt omnes voce grandi: ipse fecit nos» (1). Y sobre esa base empieza ese sentimiento religioso, abierto ya á la idea de Dios, á desenvolverse en sentido cada vez más alto, tendiendo siempre á la verdadera posesión de Dios por unión de amor, mediante el ejercicio de una fé viva, una esperanza robusta y una caridad ardiente. Y al llegar á los trasportes y regalos de esa posesión, comprende que no son de «asiento» sino por vía de paso, y que en ellos lejos de revelar Dios su esencia cara á cara, «dá claramente á entender y sentir que no se puede entender ni sentir del todo» (2). Y por eso cuando el éxtasis místico llega á su plenitud, y las antorchas brillan con divina iluminación, y la música interior resuena más regaladamente, anunciando la llegada del Esposo, el alma gime en el colmo de sus santos deseos.

«Apaga mis enojos
pues que ninguno basta á deshacellos;
y veante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos
y sólo para tí quiero tenellos.
Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura.....»

Esto es, quiere ser desatada de los lazos de la carne, pues con esta no puede contemplarse la divina Esencia, cual ella quisiera.

(1) S. Agustín, «Soliloquios».

(2) S. Juan de la Cruz, «Avisos y sentencias espirituales».

El sentimiento de lo divino ha llegado á su más elevada cumbre.

Largo ha resultado este á modo de preliminar; quédese para otro artículo la exposición del concepto de la mística, tal cual se desprende de la doctrina de sus cultivadores, su distinción de otros conceptos semejantes, y la indicación de algunas otras ideas con las anteriores relacionadas.

ENRIQUE V. CAMARASA.

Presbítero.

UN PELLIZCO

No puedo jactarme de haber conocido en su plenitud aquellos hermosos tiempos tan llorados por algunos, que deben tener sus razones, sin duda, para sentirse indignos de la relativa libertad de que hoy gozan y á quienes su nobilísimo instinto dice que la librea del lacayo les hubiera estado pintiparada, infinitamente mejor que el chaqué ó la levita.

Algo alcancé de ellos; lo bastante para saber que no es vida la vida en la opresión.

Como en los tiempos á que me refiero todo era motivo para encarcelamiento, para el destierro ó la deportación, ignoro la causa que obligó á mi padre, *negro* recalcitrante, á poner pies en polvorosa, huyendo á extraño suelo.

Lo que sí recuerdo perfectamente, es que los registros policia-
cos fueron muchos en nuestro domicilio, que á estas molestias y sobresaltos sucedió el embargo más escrupuloso y más á conciencia que se puede llevar á cabo, y que, del relativo bienestar en que vivíamos, nos vimos reducidos á la estrechez más horrible.

La casita blanca y limpia, de alegre jardín inundado de sol y matizado de hermosas flores, fué substituida por lóbrega y húmeda sala de destartalada casa de vecindad, que más parecía cuartel que hogar en que se ha de vivir con decoro é independencia.

Mi madre sobrellevó su infortunio con noble entereza, y aún me parece que la estoy viendo trabajar día y noche sin exhalar una queja, afanosa y cavilosa para hacer con sus delicadas y blancas manos desde el sombrero hasta el calzado que sus tres chiquitines habían de lucir.

A los dos mayorcillos nos imponía algunas veces cierta obligación: la de mecer la cuna en que descansaba el más pequeño,

cuando éste se hallaba despierto, mientras ella preparaba la modesta comida en la diminuta cocinilla adosada á la sala que nos servía de albergue.

Un día que jugaba yo entusiasmado al noble juego del *tejo en pie* con los chicos de los vecinos, mi hermanito tuvo la mala idea de despertar, de romper á llorar, y de obligar á mi madre á que me llamara para desempeñar mis funciones de mecedor.

El lector puede figurarse el gusto con que dejaría yo el juego y las ganas que tendría entonces de mover cunas y de procurar dormir chiquillos inoportunos.

Para mayor desgracia, el niño no manifestaba el menor deseo de entregarse de nuevo al sueño, y unas veces me miraba y sonreía, y otras fijaba su vista en el techo y parecía entretenerse en contar las vigas, suponiendo que á aquella edad se sepa contar.

Y mientras tanto el juego continuaba allá en el patio, cada vez más alegre y ruidoso, y hasta mis oídos llegaban sin cesar las risas que sus variados lances producían en mis compañeros.

El tormento se hacía insoportable; y al ver tan tranquilo y sonriente al que era su causa, dejé de mecer, inclinéme rabioso sobre el chiquitín é imprimí un fuerte pellizco en su sonrosada mejilla.

El niño clavó en mí una mirada en la que se leían la sorpresa, el espanto y el dolor, y rompió á llorar desahoradamente y lanzando gritos espantosos.

Acudió presurosa mi madre, y por más que procuró indagar la causa del suceso, yo tuve buen cuidado de no dársela á conocer.

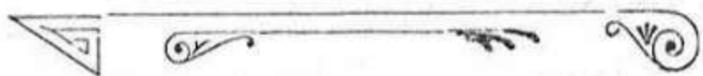
Quedé libre de obligaciones desde aquel día, porque mi madre tuvo que desistir de imponérmelas, viendo que no me acercaba una sola vez á la cuna sin que el niño prorrumpiese en gritos de espanto y se agitase como un desesperado.

Algo se removía sin embargo dentro de mí, cada vez que una de esas escenas tenía lugar, y no sé qué hubiera dado porque los ojos que ahora me miraban con horror se hubieran fijado en mí dulces y placenteros como antes.

Muchos años han transcurrido; el niño que reposaba entonces en la cuna es hoy casi un viejo, y, no obstante, cada vez que le miro, pídole perdón desde lo más íntimo de mi sér y con palabras que nadie puede oír, y siento la necesidad de darle pruebas de profundo y tierno afecto.

JOSÉ AGUILERA.

Legajo



El periódico *La Coalición*, que se distinguió siempre por su amor á los monumentos históricos y á todo género de manifestaciones artísticas, y en cuyas columnas se hizo años atrás por uno de sus más ilustrados colaboradores, por el insigne catedrático del Instituto de Badajoz, una brillante campaña al objeto de que se restaurase y conservara como era de razón el monasterio memorable de Ten-Tudia, publicó en uno de sus números últimos el siguiente suelto:

«Una persona muy culta, que tiene su residencia en Sevilla, y que por sus aficiones á las cuestiones históricas y arqueológicas desempeña allí cargo importante en la Comisión de Monumentos, dirige á un amigo particular nuestro de Badajoz, que hace poco estuvo en la primera de referidas poblaciones, una cariñosa carta de la cual algunos párrafos importa que conozcan el Sr. Obispo y la Comisión de Monumentos de nuestra capital, por si creen, uno y otra, como nosotros, que merecen tomarse en consideración.

Dicen así:

«En las veces que nos hemos visto, he olvidado hacer á usted esta pregunta: ¿No podría hacer nada la Comisión de Badajoz, con el Obispo, para salvar de un golpe de mano los interesantísimos azulejos de la abandonada iglesia de Tentudía, en la Calera de León, pintados por Francisco Niculoso?»

Tenga Vd. la seguridad que el día menos pensado desaparecen; pues muchos desalmados traficantes de antigüedades, tienen en ellos puestos los ojos y «tanto vá el cántaro á la fuente...», que si hasta hoy se han salvado, puede llegar un momento en que desaparezcan.

¿No podrían ser trasladados á algún templo de Badajoz?»

Nosotros que opinamos como el celoso arqueólogo sevillano, que esos azulejos de Tentudía corren peligro, corren tanto peligro cuanto que sabemos de quien en Badajoz posee uno á virtud de regalo que se le hizo por un vecino de Calera de León, nosotros trasladamos esas preguntas al Sr. Obispo de la Diócesis y á la Comisión de Monumentos históricos de Badajoz, bién seguros de que ellas serán suficiente á que por dicha autoridad y por referido organismo se evite la desaparición de lo que teniendo indiscutible mérito histórico y artístico, se encuentra hoy á merced del primer ignorante que los arranque para profanarlos ó del primer vivo que haga lo propio con fines de lucro.»

Según informes que procuramos, pues el asunto, por ser de los que encajan perfectamente en ARCHIVO, nos interesó desde luego, el suelto de *La Coalición* no cayó en el vacío: de él se dió

cuenta á la Comisión de Monumentos por el Sr. Vicepresidente, acordándose que dicho señor, el muy ilustre Canónigo Lectoral D. Tirso Lozano, en unión del vocal, D. Francisco Franco, pasara á visitar á nuestro Prelado, quien manifestó ver con gusto los deseos expresados á favor de la conservación de los azulejos de Ten-Tudía, asunto en que él se había ocupado casi desde su llegada á la Diócesis, como lo acredita una comunicación del párroco, quien describe con vivos colores el abandono en que se halla el Santuario, por lo cual nuestro Prelado, interesado como el que más por la conservación de tan primorosos azulejos, procura el traslado de los mismos á la Iglesia parroquial, para que puedan admirarlos propios y extraños.

Hasta se ofrece el Ilmo. Sr. Obispo á hacer un viaje al Santuario, en compañía de algún individuo de la Comisión, y coadyuvar pecuniariamente á los gastos que ocasione el arrancar los azulejos y su colocación en la parroquia, cuidando siempre de confiar este servicio á una persona perita, con objeto de aminorar el desperfecto consiguiente á una operación siempre arriesgada y peligrosa para la cerámica de Ten-Tudía.

La comisión quedó altamente satisfecha de la actitud de nuestro Prelado, quien demuestra solícito interés porque no desaparezcan los objetos de valor artístico que encierra la vasta diócesis confiada á su cuidado.

* * *

Puestos ya á tratar de estas cosas que con el arte se relacionan, debemos recordar la moción tiempo ha presentada á la Comisión de Monumentos, por uno de sus vocales, referente á las lápidas existentes en la parroquia de Santa María la Real, las cuales, con el transcurso del tiempo, no solo llegarán á perder las inscripciones, sino hasta las figuras (escudos, etc.) en ellas grabadas, y en evitación de tal accidente, ¿no sería factible trasladarlas al local destinado á la conservación de objetos arqueológicos provinciales? Dada la benévola actitud del Sr. Obispo, creemos que por su parte no habrá quizás dificultad alguna, como también creemos conveniente que se saquen calcos de las mismas, en el caso improbable de no conseguir la traslación de las lápidas de referencia.

* * *

Se nos dice que en Rivera del Fresno ha sido quitada de la casa en que nació el poeta Méndez Valdés, la lápida conmemorativa de este acontecimiento honroso para la villa, y como suponemos que no habrá desaparecido, sino que la conservarán el dueño de la finca ó el Ayuntamiento, nos atrevemos á rogar al actual poseedor, sea quien fuere, que dando una muestra de amor al pueblo y de respeto venerando á tan glorioso patricio, tuviera á bien proporcionar generosamente la dicha lápida á la Comisión de Monumentos, para conservar una piedra que trae á la memoria de los extremeños el recuerdo de un nombre glorioso en la literatura, al cual dedicó una delicada inscripción el discípulo de Lista, don Francisco Rodríguez Zapata.

* * *

El día 16 de Junio celebró junta la Comisión de Monumentos para dar cuenta de la conferencia celebrada con el Ilmo. Sr. Obispo, y en ella se dió también lectura de una carta del Excmo. señor D. José Gestoso, interesado vivamente por la conservación de los azulejos del santuario de Ten-Tudía.

Considerando la Comisión cuan arriesgado es arrancar sin deterioro los referidos azulejos, se acordó proponer á nuestro Prelado la conveniencia de levantar la verja de hierro para aislar los altares é impedir de esta suerte que sea saltada por los cabreros que buscan refugio con sus ganados durante el invierno en el edificio que recuerda la acción gloriosa del Maestro Pelay Correa.

De llevarse á cabo este pensamiento de la Comisión, creemos garantizadas la existencia y conservación de unos azulejos que en la historia del Arte ocupan un lugar preferente.

Aplaudimos el celo que despliegan los Sres. Vocales por mantener intacto é ileso, en cuanto es posible, el precioso caudal de antigüedades que todavía se conserva en la provincia.

* * *

Por las mismas razones que *Noticiero Extremeño* ha callado hasta hoy, en lo referente á los ferrocarriles estratégicos, no hemos querido hacer comentarios acerca de este asunto de tanta trascendencia para Extremadura, aun cuando encontramos muy

dignas de ser tenidas en cuenta algunas de las manifestaciones que en la primera reunión celebrada en el salón de actos de la Diputación, hizo uno de los representantes del pueblo de Olivenza, D. Marcial Gómez Castaño.

Muy noble era la idea de los que pensaron en la realización de la empresa con capitales extremeños. No tan impresionables sin duda alguna y convencidos de que la falta de espíritu de asociación en esta tierra haría fracasar toda tentativa de un sindicato de grandes capitales, único medio á nuestro juicio para acometer obra tan costosa, escuchábamos curiosamente y ¡por qué no decirlo!, con entusiasmo, los nobles propósitos de la mayoría de los reunidos, pues nos parecía al oírlos, que más que á una sesión de ferrocarriles, asistíamos al resurgimiento de nuestra región.

Era tan consoladora esta idea, que nos sumó á esa mayoría entusiasta.

En vano el Sr. Gómez, á quien se tachó de pesimista y hasta de inoportuno, quería conducirnos á la realidad. Esta se impone, y hoy, según *Noticiero Extremeño*, nadie piensa en la posibilidad de la realización de la obra con capitales regionales. No nos alegra, por el contrario nos duele mucho que fracasen las gestiones que se han practicado; pero nos apena también, que por dar rienda suelta á pasiones muy nobles, muy legítimas, todo lo que se quiera, no se conservase la calma fria que requieren estos negocios y no se escucharan las razones que exponía un hombre convencido de antemano del fracaso, para reconocerlo hoy, á nuestro entender tarde, porque creemos, y en esto sí que queremos equivocarnos, que desaprovechamos la ocasión en aquella junta en que el Sr. Carapeto dijo que tenía proposiciones de una casa nacional ó extranjera, que no lo recuerdo, y que ahora, después de la infructuosa tentativa, tardaremos en tener el ferrocarril tantas veces pedido.

La Coalición se duele hoy de las diferencias surgidas en el seno de la Comisión, lamentado que se haya encerrado en un círculo vicioso que de cierto dará al traste con lo actuado, sino sale de él cuanto antes.

Lo importante es que el ferrocarril se construya, bien con capitales propios ó extraños, y por el bien de Extremadura invitamos á los señores de la Comisión á que depongan su actitud, que suavicen asperezas y que unidos todos con el pensamiento puesto en la utilidad que el ferrocarril reportaría á la región, estudien la ma-

nera de llegar lo antes posible á la realización de la idea, que en cuestiones de esta índole hay que aprovechar el tiempo y no perderlo con dimes y diretes ni con ardorosas defensas de pareceres que, como dice *Noticiero Extremeño*, acaso mirados friamente, no son incompatibles entre sí con el primordial objetivo á que deben tender todas las gestiones.

Deben escucharse todas las opiniones, por modestas que sean, y no debe andarse á ciegas en un asunto de tal interés y que reclama por parte de todos la mayor prudencia, ya que el fracaso tanto perjudicaría á la región extremeña.

* * *

Tenemos una verdadera complacencia en manifestar á nuestros lectores que debido á las gestiones de nuestro cariñoso colaborador y amigo D. Francisco Franco, en breve y alternando con los pliegos de las obras que tenemos en publicación, comenzaremos á dar á la estampa «Mérida Romana y Visigótica», producción última del malogrado historiador D. Matías Ramón Martínez y Martínez.

El ilustre hijo de Burguillos que consagró su vida á investigaciones históricas en general y muy especialmente de Extremadura, dedicó un buen espacio de tiempo á la de Mérida, y producto de su labor en archivos y bibliotecas y del examen ocular de los vestigios arqueológicos y arquitectónicos que aún quedan de las dominaciones visigóticas y romanas, es la importante obra del señor Martínez que tenemos el gusto de anunciar hoy.

Esperamos que nuestros lectores recibirán esta noticia con verdadera complacencia.

* * *

En unos párrafos que en los comienzos de la *Crisi Histórica de la Ciudad de Badajoz* hubimos de dedicar «Al que leyere», dijimos, palabra más ó menos, que las notas marginales que las cuartillas de dicha obra tienen, estaban puestas por curioso desconocido autor; así es en efecto, en la gran mayoría de ellas; pero tenemos que advertir hoy que al avanzar en el exámen del manuscrito, nos hemos encontrado con algunas del muy ilustre Cánónigo Lectoral de la Catedral de Badajoz y Vicepresidente de la Comisión de Monumentos, que tienden á deshacer algunos errores en que incurre el Sr. Morales ó el anotador de su curioso é importante informe.

BALDUQUE.